

QUÉ VA A SER DE TI LEJOS DE CASA

Los miércoles son días absurdos, plantados tontamente en medio de la semana. Nunca pasa nada interesante los miércoles. Hoy, además de ser miércoles 28 de mayo, no ha parado de llover en todo el día. Llueve tanto que no se ve nada al otro lado de los cristales. Una tupida cortina de agua, continua e incesante, impide ver con claridad a través de la ventana y sólo con mucha dificultad se distingue algún perfil borroso en el horizonte gris de lluvia y humo.

A Óscar le cuesta hablar. Destila las palabras muy despacio, hilvanando frases muy cortas. He podido sentir su enorme esfuerzo para encontrarlas, lo he seguido paso a paso. Le lleva tiempo buscar cada palabra en su mente, como si todos los conceptos anduvieran enredados unos con otros y tuviera que rescatar uno cada vez, aislándolo del resto. Me imagino el camino desde su cerebro a su lengua como un enrevesado circuito lleno de obstáculos que cada letra tuviera que sortear por separado hasta juntarse con las demás en su paladar. Una vez aquí, de nuevo se enfrenta a la tarea de colocar cada una en el lugar correcto, hasta formar la palabra deseada, y después la mastica despacio, hasta estar bien seguro de haber elegido correctamente, para enfundarla en fonemas y, finalmente, encontrar la manera de engancharla a su voz para expulsarla en forma de sonido.

Aún no sé si me ha reconocido o no.

—Esta es Diana —ha dicho su madre—. Tu amiga del colegio. ¿Te acuerdas?

Óscar ha sonreído. Me ha parecido que le temblaban los labios y se le humedecían los ojos, pero no puedo estar segura. Después me ha abrazado. Me ha estrechado muy fuerte, durante mucho tiempo. Me he quedado paralizada, sin saber cómo corresponder. Mis brazos se han quedado sin fuerzas, apenas he sido capaz de presionar levemente su espalda sin ninguna efusión. Me he sentido incómoda y muy pequeña en un abrazo que me había imaginado muchas veces y que, de repente, me ha parecido extraño y grande, fuera de lugar.

La madre de Óscar ha servido café, pero apenas lo he probado. Ha colocado una silla enfrente del sofá donde nos hemos sentado Óscar y yo, para poder limpiarle las babas que sus labios son incapaces de retener. He intuido que el gesto le contrariaba, como si se sintiera avergonzado ante mí, pero no ha protestado y su madre se ha avenido a lo que deduzco debe de ser ya una rutina, especialmente ante las visitas.

No he querido meterle prisa ni incomodarle. Le he ayudado a acabar las frases sólo de vez en cuando, para que no se sintiera humillado o tratado con excesiva condescendencia. He tomado sus manos hinchadas entre las mías. Me ha sorprendido su tacto caliente y no he dejado de acariciarlas. He procurado encarar de frente esos ojos vacíos que de pronto se quedan colgados mirando a ningún sitio. He intentado que no percibiera mi esfuerzo para tratarle con normalidad. Después me he despedido de él y de su madre, prometiendo volver algún otro día.

No sé si he mentido o no. Ya se me han pasado las ganas incontenibles de zarandear la cáscara hueca en la que se ha convertido Óscar. Ya no siento debilidad en las piernas y frío en las manos y he superado la sensación de asco ante mi desapego. Ya ha amainado la exasperación por la lentitud de las reacciones de Óscar

y la culpabilidad por sentir algo muy parecido al enojo ante la actitud de su madre, acostumbrada a no esperar nada y casi deseosa de que nada cambie, resignada desde hace tiempo a tener un niño grande para siempre y sólo para ella, un niño dócil a quien cuidar, su niño, su bebé. Ya no debo retener las lágrimas para que ellos no las vean.

Pero noto aún el nudo en la garganta. Permanece la decepción por no encontrar esa mirada viva y guasona que aún me acecha algunas veces desde algún rincón de mi memoria, esa mirada tan de Óscar, siempre dando a entender más de lo que realmente decía, como si guardara un as en la manga y quisiera que su rival lo supiera; permanece la impotencia al recordar a ese Óscar de verbo fácil y preciso, de discurso incontenible y certero, de respuesta ágil e ingeniosa, audaz e inteligente; permanece la tristeza al contemplar unas manos fofas que ya no volverán a moverse como si volaran, empujando hacia el exterior o reteniendo en un leve pero incuestionable gesto de los brazos las palabras, al evocar unos dedos largos y finos, rematados en unas uñas cuadradas y perfectamente cortadas; permanece la rabia de no poder recuperar la fascinación inexplicable que esas manos de pianista, las más viriles que he visto nunca, siempre han despertado en mí.

No sé si puedo desarrollar algún tipo de aprecio por este Óscar que de momento sólo me inspira conmiseración, que me parece un impostor, alguien que ha usurpado el cuerpo y la mente del amigo al que tanto quise. No sé si puedo llegar a sentir amistad, o siquiera afecto, por alguien a quien percibo como una reproducción defectuosa del original, alguien que se parece mucho al Óscar que conocí una vez pero cuya cercanía me produce un sentimiento de pérdida y añoranza que me atenaza el estómago hasta la náusea.

Una vez, debía de tener quince o dieciséis años, leí una frase en el baño de una discoteca. *La muerte no nos*

roba a los seres que amamos. La vida sí, y muchas veces definitivamente. Era una de las favoritas de Óscar.

Me fui de Madrid porque nada me retenía allí. Surgió la ocasión y me agarré a ella. No sé si fue una huida o un reto. Un intento de demostrarme algo a mí misma, un ejercicio de supervivencia lejos de casa, una prueba de madurez. Una experiencia nueva, la posibilidad de una existencia distinta. No me arrepiento de mi decisión, pero ando inquieta. La vida aquí no es mejor. Siento que empiezo a ahogarme y mis aparentes seguridades han saltado en pedazos. La existencia se vuelve frágil cuando no hay raíces que nos mantengan con los pies en la tierra ni sentimientos sólidos que nos den la paz.

Ver a Óscar, después de tantos años, después de tantos reencuentros imaginados al principio y aplazados más tarde, es lo más emocionante que me ha pasado en estos seis meses de exilio voluntario en este pueblo con mar. Imaginé el puesto de redactora en un diario de provincias más estimulante de lo que realmente es. Vine con ilusión, consciente de que los trabajos para periodistas no abundan, dispuesta a aprovechar la oportunidad laboral. No quería seguir viviendo con mis padres a los treinta, encadenando sueldos de becaria y trabajos de ETT. Pertenezco a una generación mileurista y engañada acerca de sus posibilidades. Nos íbamos a comer el mundo y el mundo ha acabado por devorarnos. Sé que en Madrid no será fácil encontrar un trabajo y que probablemente no pueda aspirar a comprarme un piso, ni hipotecándome hasta los sesenta por un apartamento de cuarenta metros. Pero no quiero que esa dificultad se convierta en excusa que me ate a un sitio en el que no quiero estar.

Esta casa, de noventa metros cuadrados, con jardín y mucha luz, ha acabado ahogándome. Los lugares son sólo lo que ponemos en ellos. Los deseos, expectativas o vivencias volcados en el aire es lo único que los

hace especiales. Durante la adolescencia íbamos siempre a los mismos sitios los fines de semana: los mismos bares, las mismas discotecas. Siempre creí que eran los locales los que decidían el signo de una noche. Cuando cerraron Jácara, mi mejor amiga y yo nos desesperamos porque nos habían arrebatado el único lugar del mundo en el que pensábamos que podían suceder las cosas que más deseábamos. Al viernes siguiente hacíamos cola en Pachá y, aunque echábamos de menos más canciones españolas, pronto nos acostumbramos a escuchar la banda sonora de nuestras emociones en inglés y a apurar los besos bajo los compases de *Purple Rain*. Al año siguiente ella cambió de colegio y yo no volví a Pachá. Y tampoco pasó nada.

Al final nunca pasa nada o pasa todo hasta que se vuelve nada. *Todo pasa y todo queda pero lo nuestro es pasar*. Descubrí a Machado por las canciones de Serrat. Serrat forma parte de mi infancia como los bocadillos de Nocilla o *Verano Azul*. Mi madre tenía un magnetofón antiguo en el que grababa canciones mientras me hacía callar llevándose el dedo a los labios. Se quedaba muy quieta, escuchando la música, y yo no entendía por qué se ponía tan triste, así que la abrazaba. Ella me pasaba un brazo por los hombros y me estrechaba con fuerza debajo de su axila. Yo sentía que me asfixiaba y me zafaba como podía, corriendo por el pasillo hasta mi habitación. Unos años después era yo la que lloraba oyendo cintas en el walkman. *Qué va a ser de ti lejos de casa, nena qué va a ser de ti*. Canciones que también nos acompañaban en el coche, en aquellos viajes a ciudades como Salamanca o Córdoba que a mí me parecían lejanas y exóticas.

“Creo”, “quizá” y “tal vez” son las expresiones que, desde hace un par de años, mejor me definen. A los veinte era una jovencita segura, tajante, con las ideas claras. Pero me he vuelto precavida y ya no doy nada por seguro. Sigo persiguiendo una seguridad de cuya existencia dudo a cada instante. Y, cuando creo haberla en-

contrado, empieza a tambalearse, golpeada por una insatisfacción que llevo inoculada en la sangre como un virus que cada cierto tiempo revive hasta hacerme enfermar. Es como si viviera de paso y me asusta pensar que tal vez —otra vez la duda— no llegue a encontrar mi lugar en el mundo, un sitio en el que parar y del que no necesite huir. La duda se ha hecho parásito en mis pensamientos y ya no sé quién alimenta a quién. Cuando no dudo es peor, porque actúo cargada de razón y me equivoco igualmente. Dudar me hace más prudente, como si no estar segura de lo que hago me protegiera ante las decepciones.

Echo de menos Madrid. La cercanía de la playa, el olor a mar y una casa con jardín no son méritos suficientes para hacerme amar esta ciudad a la que no pertenezco. Aprecio las ventajas de su tamaño mediano, el ahorro de tiempo en los desplazamientos cotidianos y la posibilidad de recorrerla caminando para llegar a cualquier sitio con rapidez, pero me muevo por sus calles con distancia de turista, con el desapego de quien se sabe de paso. Qué le voy a hacer si yo nací en Madrid, y no en el Mediterráneo. Mi niñez no juega en una playa, ni siquiera en una acera, sino en un patio de colegio y en los columpios del Retiro. Mis veranos no huelen a sal ni a brea, sino a cloro de piscina y a césped recién cortado, a pino y a barbacoa en un pueblo serrano, al pie de una montaña, con un pantano que nunca me hizo desear otro mar.

Añoro el ruido de Madrid. Pitidos, frenazos, ambulancias, semáforos que pían al ponerse en verde, gente que habla a gritos. Una algarabía que ahora me falta, que siento como un vacío en mis oídos. Aquí a los madrileños nos reconocen porque alzamos la voz, protestamos, exigimos rapidez y perfección en todo. Llevamos la prisa adherida a la piel y ni el agua salada logra agrietar esa impaciencia.

Dicen que el once de marzo de 2004 lo peor fue el silencio de la ciudad. Madrid, siempre tan bulliciosa, ca-

lló. Conmocionada, se quedó sin voz durante unas horas y sólo el ulular de las ambulancias rompió la quietud de una ciudad en silencio. A la espera. Sin fuerzas para gritar, con la angustia atravesando las calles de punta a punta y la náusea en la boca del estómago. *La muerte pasa en ambulancias blancas, pongamos que hablo de Madrid*. Sabina no acertó. Ese día la muerte viajaba en vagones de tren y durante unas horas atravesadas el aterrador sonido de las ambulancias transportó atisbos de esperanza, de vidas que aún podían salvarse. Fue el ruido contra el silencio de la muerte.

Eso dicen. Ese once de marzo yo sólo era capaz de dormir. Lo único que deseaba era cerrar los ojos para olvidar, quedarme bajo las sábanas para no enfrentarme a la vida. Con mis padres de viaje, sola en casa, pude permitirme jugar a desaparecer. Descolgué el teléfono y apagué el móvil. No quería saber nada de un mundo que no me trataba todo lo bien que yo esperaba. Con las persianas bajadas, las ventanas y las puertas cerradas, no me enteré de lo que sucedía a no más de un par de kilómetros de mi propia casa. No sentí las bombas. Los vecinos dicen que las paredes temblaron con la explosión de la calle Téllez. Pero yo no me desperté hasta bien entrada la tarde, no encendí la televisión, no hablé con nadie, no miré a la calle, no oí las ambulancias. Algunas ciudades, en determinados momentos, son como desiertos. Uno permanece aislado y solo. Encerrado en una habitación que equivale a no estar. Encapsulado en un espacio y lejos de todo. Aunque las paredes ofrezcan la narración sonora y pormenorizada de la cotidianidad de los vecinos, ese rumor acaba por hacerse eco y dejamos de prestarle atención. No me enteré de lo que pasó hasta el día siguiente. Ese viernes doce de marzo salí a la calle a mojarme y a llorar por otros, después de días de hacerlo sólo por mí, tras recibir la llamada de Rebeca el 29 de febrero.

Tarde de tormenta y nada que hacer. He pasado casi una hora en la bañera ahuyentando imágenes, ahogando pensamientos turbios, retorciendo sentimientos contradictorios. Rebozarme en jabón con aroma de manzana no ha servido para limpiar la mala conciencia, para arrancar el horror de los ojos vencidos por la lástima, para eliminar la podredumbre de mis manos manchadas de mentira y contaminadas de debilidad. Cubren mi cuerpo restos de espuma desvanecida flotando como escupitajos en la superficie verde del agua, las yemas de los dedos como pasas. Mi propia piel me ha dado asco: blancuzca, arrugada, flácida. De pequeña nunca quería bañarme. Tenía pánico a colarme por el desagüe. Había visto una película en la que un niño era succionado por una cañería y pensaba que a mí podría ocurrirme lo mismo. Pasé mi infancia obsesionada con esa idea. Mis pesadillas se poblaban de tuberías que me engullían y me arrastraban por laberintos húmedos y sucios. Quedaba atrapada bajo tierra, donde todo era oscuridad y silencio. Gritaba pero nadie podía oírme y el eco me devolvía mis propios aullidos de animal desorientado, de niña perdida en una alcantarilla de ciudad.

La vida es lenta aquí. Mucho tiempo y pocos estímulos. Es triste el invierno en las ciudades con mar. Las noches se hacen demasiado largas y el silencio puede llegar a volverte loco, como algunos vientos en las costas del sur. Las lecturas, los DVD e internet no son suficientes. Me cansan, me aburren. Echo de menos la vida real, el contacto íntimo, la comunicación. Después de mucho tiempo he vuelto a los diarios, a escribir estos pensamientos sin sentido. Necesidad de comunicar, de dialogar, aunque esto no sea más que un monólogo. Demasiadas noches sin sueño, demasiadas tardes de sábado enganchada a una pantalla, demasiados domingos sin nada que hacer, sin nadie con quien compartir un gesto, una mirada, un buen vino, un programa basura de la tele.

Me acuerdo mucho de mi infancia y el ejercicio de nostalgia me resulta extraño. Todo era más fácil entonces. Cuando uno es niño no piensa tanto; se limita a vivir, a apurar el día a día. Un privilegio desperdiciado del que no se es consciente hasta mucho más tarde, ya en la vida adulta. Me acuerdo, sobre todo, de los olores. Será esta cercanía con la tierra, con la huerta, con los campos y con el mar la que ha agudizado mi sentido del olfato.

El aroma a suavizante de las sábanas limpias es la esencia de mi niñez. Vivía con impaciencia el momento en que mi madre recogía la ropa tendida en el patio, anticipando con ansiedad lo que venía después. Yo extendía los brazos y ella iba depositando las prendas que podía abarcar entre mi pecho y mis manos. Me gustaba hundir la cara en la tela, húmeda y fría en invierno, tibia en primavera y ardiente en verano, como en los anuncios de la televisión. Aspiraba fuerte, hasta que el cosquilleo de la nariz dolía, saboreaba un frescor que me olía a campo porque siempre viví en la ciudad y decía en voz alta: “El aroma de mi hogar”. Mi madre reía con esa frase y por eso yo la repetía siempre, como un conjuro capaz de convocar un instante feliz. Dejábamos la ropa en el cuarto de estar, en una enorme cesta de mimbre, y después recorríamos el pasillo hasta el salón, donde mi padre leía o veía la televisión, y mi madre decía: “Andrés, las sábanas”. Él apagaba el cigarro, se levantaba con parsimonia y empezaba un juego que asocio a la felicidad de la infancia, a la inconsciencia inocente de disfrutar del momento. Ahora recuerdo esas escenas a cámara lenta, como en un video clip y son en color, siempre en color, y en ellas hay risas, armonía, complicidad familiar. Mis padres recogían las sábanas del cuarto de estar y salían al pasillo. Mi madre, sujetando bien la tela por un extremo, le ofrecía el otro a mi padre. Después se separaban lentamente, estirando la sábana, y me mecían en un suave balanceo del que disfrutaba más que en cualquier columpio del

parque. Debía de tener ya nueve o diez años el día que la sábana no aguantó mi peso y se rasgó. La marca morada de aquel golpe se borró al cabo de unos días, pero ya nunca volví a ser la niña que se columpiaba en las sábanas.

De pequeña me gustaban mucho los domingos. Comíamos en casa de mi abuela, un edificio antiguo del barrio de Chamberí, sin ascensor, con escaleras de madera y paredes de yeso. El portal olía a comida casera y a vecindad añeja, a humedad y a zaguán recién fregado. Esa mezcla de hedores rancios, de moho y lejía, de cebolla y coliflor, a veces irrespirable pero tan característico de la vida de barrio, es una de las sensaciones que más echo de menos en los edificios modernos. Y, por descontado, en esta urbanización de diseño, impersonal y vacía, en este lugar tan alejado de todo. Aquí nadie cocina y los extractores se tragan los malos humos. Los microondas absorben el olor; los platos precocinados no dejan rastro. Se reciclan y se convierten en otra cosa, pero no permanecen en la memoria, como los guisos de las madres, las tías o las abuelas, que perduran en las leyendas orales y en el paladar de las familias durante generaciones.

Me recuerdo gateando bajo la mesa de la cocina, entre mujeres que preparaban la comida, escuchando toda clase de historias. Era una niña curiosa que se asomaba al patio interior salpicado de sábanas secándose a la sombra de cuatro muros desconchados y espiaba las ventanas de enfrente; una niña callada que esperaba con ansia el cornete de vainilla del postre, pegada a la tele: *Marco, Vikie el Vikingo, Mazinger Zeta, Orzowei, La casa de la pradera*. Y por la tarde, un silencio impuesto por los hombres durante la retransmisión del partido de fútbol, llevadero porque se tragaba con galletas María y cola-cao servido en tazas de cristal verde. Un día me sentí mayor para seguir tomando cola-cao y pedí café, como los adultos. La rabieta fue monumental y no me callé hasta que mi abuela me trajo una de aque-

llas tazas de duralex rebosante de líquido marrón clarito. Tardé unos cuantos años en descubrir que en realidad aquello no era café, sino un sucedáneo llamado Eko. Los mayores no son conscientes del daño que hacen esos pequeños engaños, esas verdades a medias con las que creen contentarnos de pequeños. Desde entonces, el café me sabe a frustración.

Cuando mi abuela murió yo tenía once años. El sentimiento de pérdida, o de ausencia, vino después, cuando la casa de Chamberí se vendió y los domingos fueron distintos para siempre.

No sé por qué me traje las fotos y los diarios. Cuando leo lo que escribía a los quince años me parece ajeno, como si lo hubiera escrito otra y, a la vez, me siento tan identificada que me asusto. Porque pienso que en quince años no he evolucionado nada y eso es algo que no puedo permitirme. No sé si estoy preparada para averiguar que los sentimientos que se descubren en la adolescencia ya no cambian sino que tienden a repetirse. Lo único que hacen los años es enseñarnos a no creer en ellos. Con cada decepción se pierde inocencia y con ella esperanza. No es que dejemos de sentir lo mismo, es que nos obligamos a protegernos para que no nos hagan daño. Y, a pesar de todo, a veces no sirve. La necesidad de creer es más fuerte y seguimos engañándonos. Para poder seguir adelante.

Deseo evolucionar, dejar atrás los recuerdos. Pero no sé si es posible. El pasado siempre deja huella; renegar es inútil. Las vivencias se incrustan en el ADN de la memoria y se transmiten genéticamente a experiencias futuras. El olvido no existe, aunque nos empeñemos en no recordar. Cada persona, cada momento vivido, deja su rastro, imborrable a pesar de todo. Aunque lo creamos superado, tiene la cualidad de proyectarse hacia el futuro. Aunque no lo sepamos, aunque queramos ignorarlo, nos condiciona.

Deseo conocer gente nueva que me ofrezca un presente que consiga ilusionarme. Ahora sé que aquí, en

esta ciudad con playa, tampoco será. Tal vez deba regresar a Madrid.

La visita a Óscar ha trastocado mis emociones y otra vez caigo en la tentación de volver al pasado cuando el presente ofrece poco. Me torturan de nuevo las cuentas pendientes y releo diarios en las tardes de aburrimiento. Óscar, Rebeca, Miguel. ¿Por qué he vuelto a convocarlos? Aunque nunca se hubieran ido, como inquietos habitando una nostalgia resistente al desahucio, creía tener asumido que formaban parte de una página ya escrita, leída y volatilizada, que no admitía correcciones.

Quizá fue el fin de semana en que vino Víctor el que desencadenó todo. Me dejó sus rastros, sus dibujos y toda la nostalgia, además de un par de botellas que no nos bebimos. Vi cómo se marchaba en el tren. Vi alejarse el vagón de cola y cómo se hacía cada vez más pequeño, hasta desaparecer en la lejanía. Sólo cincuenta y seis horas antes, el viernes por la mañana, había ido a buscarle a la estación, pero parecía que habían pasado semanas. Dos días y medio que fueron una ruptura en el tiempo. Me costaba pensar qué había hecho el jueves, como si ese día perteneciera a otro año, a otra vida.

Releo lo escrito durante esos días. Sólo han pasado dos meses.

Domingo 16 de marzo de 2008

Esta tarde de domingo será distinta. La partida de Víctor me deja un cierto vacío, pero la tristeza se compensa con la alegría de haberle tenido aquí. Aunque ahora me sepa a poco, aunque las horas compartidas empiecen a desdibujarse hasta volverse nada. Como el tren, del que ya no queda ningún rastro, como si nunca hubiera pasado por este lugar. Pero ha llegado, ha parado en la estación y se ha llevado a Víctor. Hasta la próxima visi-

ta, si es que la hay. O hasta que sea yo la que me suba en él para alejarme de aquí.

Víctor me ha traído una taza con un trébol de cuatro hojas de su último viaje a Dublín. “Para que te traiga suerte”, me ha dicho, y después me ha besado en los labios. He sentido su piel rugosa, la aspereza de su barba, y el pinchazo me ha sabido a gloria. Esto es tan aburrido que he olvidado el sabor de los besos. Llevo aquí cuatro meses y no he conocido a nadie a quien querer besar, nadie que quiera que me bese. Todos tienen su vida hecha, es difícil encajar en mundos tan cerrados.

En este pueblo con mar la vida es lenta, pero las reglas son claras. Casi todas las chicas de mi edad llevan casadas cinco o seis años, la mayoría de ellas con su primer novio, al que conocieron en el instituto; tienen uno o dos críos. Me pregunto si el matrimonio o la maternidad las convierte automáticamente en mujeres adultas. Si ese es el tipo de experiencia que obliga a madurar. En muchos aspectos, siguen siendo niñas. Niñas grandes que han cambiado las caricias de papá por los besos de un novio al que siempre vieron como un futuro marido. Jóvenes a las que les basta gobernar su casa para sentirse satisfechas. Parecen felices, puede que lo sean. A veces me dan envidia. Yo sigo esperando más de la existencia, como si la vida me debiera algo.

Dice Víctor que en estos meses he cambiado. Para bien; la palabra “cambio” entre nosotros siempre es para bien. Pero no sé si fiarme. Sé que sabe que es eso lo que quiero oír. Y su misión en estos dos días era hacerme sentir un poquito feliz. A eso ha venido y lo ha conseguido. Víctor siempre consigue de mí lo que quiere, aunque nunca me pida nada. Me ha encontrado más guapa. “El bronceado te sienta bien”, ha dicho, y le ha gustado mi piel, más suave. He sentido sus caricias como nunca, lentas, prolongadas. No sé si ha sido mi piel, más sensible, más necesitada; o sus manos, más deseosas de acariciar. O simple invención de mi mente, siempre fabulando y buscándole las vueltas a todo.

La cama sigue deshecha y busco restos de Víctor en ella. Alguna huella, algún aroma que me permitan retener un tiempo que ya no existe. La almohada huele a él. La aplasto contra mi nariz y aspiro. Huele a cabello sucio y a sudor pero mantiene restos de su colonia y reconocerlos me reconforta.

Víctor huele a hombre. Rosa, una compañera del periódico, define el olor a hombre como una mezcla de tabaco, colonia y sudor. Así huele Víctor, a hombre. Mi madre cuenta siempre que, de pequeña, me negaba a comer chuletas de cordero porque decía que sabían a hombre. Qué sabría yo entonces acerca del sabor de los hombres. No es que veintitantos años después sepa mucho más, pero sé que no saben a chuletas de cordero. Las chuletas siguen sin gustarme, nunca las como. A los hombres los pruebo y unas veces me gustan y otras no.

La virtud de Víctor es que ha encontrado la serenidad y ya no necesita cambiar. La mía es cambiar y que se noten los cambios. La primera vez que me invitó a cenar le pregunté su edad.

—Cincuenta —me dijo.

—Pareces más joven —respondí.

—Mientes muy bien. Gracias. Te he creído —guiñó los dos ojos en un gesto de complicidad y sonrió.

Yo también sonreí. Le había dicho la verdad, pero no insistí. Yo sí que no quería parecer más joven. Tenía veintisiete años y ante él me sentía insegura, desvalida y vulnerable como nunca me sentí cuando era niña.

Sé que Víctor nunca va a enamorarse de mí. Nuestra relación me recuerda a una canción de Los Secretos: *Has visto demasiadas películas rosadas y te lo has llegado a creer / qué esperas de la vida, ya no eres esa cría, sólo queda lo que ves / tu príncipe soñado ya viene retrasado y mi oferta sigue en pie. / Ya sé que no es amor, pero está bien. / No esperes ahí sentada o soñando con la almohada, todo te salió al revés. / Ya sé que no es amor, pero está bien.*

A veces pienso que Enrique Urquijo la escribió sólo por mí. *Soñaste tantas bodas y despertaste en todas tan sola al amanecer / qué quieres que te diga la noche se hace fría y no para ningún tren. / Aquella vieja almohada y mis manos en tu espalda es lo que te puedo ofrecer / ya sé que no es amor, pero está bien.*

Espero algo más, también en el amor. Conocer a alguien, volver a enamorarme, que se enamoren de mí. Jugar a la seducción, sentir burbujas en el estómago y escalofríos en la piel. Pasión, sexo salvaje. Parece mentira. Seguir creyendo en estas cosas, seguir esperando que pasen. Caer en la trampa del imaginario sentimental de teleserie juvenil o de protagonista de comedia romántica con el que he crecido y tener fe en que algo bueno me puede pasar en cualquier momento.

Mi relación con Víctor es sencilla y, a la vez, complicada. No es segura, pero es duradera. Nuestros encuentros son presente puro y he aprendido a no acostumbrarme demasiado a ellos. Nunca sé cuándo van a producirse ni cuánto durarán. Es él quien decide. Hasta ahora he soportado mis ataques de soledad, de nostalgia, de afecto, en silencio. Dominar el deseo y la melancolía es un ejercicio que requiere constancia y paciencia. Y, en mi caso, también lágrimas.

A Víctor le gusta hacer las cosas a su manera. Como en la canción. *My way*, la que nunca hemos cantado en un karaoke. Nuestros encuentros en Madrid suelen ser de puertas para adentro. En su casa. Cine, música y sexo con el sabor clandestino de lo que se hace a escondidas. No existen razones para ello, pero hay rutinas que se vuelven costumbres. Y, si funcionan, mejor no cambiarlas. Es un trato tácito.

Aquí fue distinto. Salimos a cenar, paseamos por la playa. Hicimos lo que hacen las parejas. Lo que nunca haremos en Madrid.

Me habló de un posible proyecto en Tokio, para septiembre, aunque no le dio mucha importancia, ni yo tampoco. Bromeamos sobre Scarlett Johansson y

Bill Murray, dijimos que tenemos que volver a ver *Lost in translation*, nos pasamos la tarde escuchando *More than this*.

Mi concepto de la amistad ha cambiado. No sé a quién puedo denominar “amigo”. Víctor lo es, a su manera. El resto son amistades puntuales o restos de amistades que un día fueron y que el tiempo ha desvanecido aunque mantenga sus nombres y sus números en la agenda. Miguel, Beatriz. Hablamos de vez en cuando, nos vemos de tarde en tarde. Pero no sé si eso es amistad. Aquí no conozco a mucha gente, sólo me relaciono con los compañeros del periódico. Todos parecen tener vidas aparte, en las que yo no encajo. Algún viernes salimos a cenar, o alguien organiza una merienda en su casa un domingo. Es algo esporádico, nada con lo que se pueda contar. Echo de menos tener un grupo de amigos con los que salir. Es la misma sensación que tenía en Madrid. Y sé que, si vuelvo, tampoco me esperan amigos allí.

Veo los dibujos de Víctor esparcidos encima de la mesa, colgados en las paredes con chinchetas, sin marco. Me gusta posar para él y luego intentar descubrirme en sus trazos nerviosos, como latigazos, que esbozan un cuerpo en el que trato de reconocerme. Otras veces aboceta mi perfil en apuntes improvisados sin que yo me dé cuenta. Mientras preparo café o riego las plantas él se las apaña para captar cierto gesto o una determinada postura que, según dice, me definen. No todos sus dibujos me gustan, pero los guardo porque son suyos, porque los hace estando conmigo. Apuntes del natural, los llamo.

Sus dibujos me llevaron a la tarjeta de Rebeca. La tarjeta a los recuerdos. Los recuerdos a las decisiones. Las decisiones a una realidad que ha trastocado mi presente y mi memoria. O tal vez no fuera así. No todos nuestros actos tienen una explicación clara, ni única. A

veces ni siquiera la tienen. Pero sé que después de visitar a Óscar mi mundo ya no volverá a ser el que era y habré de asumir que el pasado no puede repetirse, que la adolescencia quedó atrás, que hay que enterrar a los fantasmas y empezar a crear nuevos recuerdos.

Cuando estuvo aquí, Víctor esbozó unos cuantos retratos y desnudos. Decidí agruparlos en una carpeta en la que guardo papeles aún no sé con qué finalidad: recortes de prensa, recetas de cocina, chistes, tarjetas. Algunos los atesoro desde hace años. Tal vez pensando en un “por si acaso” que acaba convirtiéndose en “nunca”. Los recortes jamás sirvieron para reportaje alguno, las recetas no las cociné, los chistes nunca los releo. La mayoría de las tarjetas son de personas a las que he entrevistado o pensé entrevistar, contactos de reportajes que he hecho o que quedan por hacer. Nombres que no recuerdo, números a los que no he llamado ni llamaré.

Entre todas esas tarjetas destaca una, más amarillenta que las demás. Cómo no reconocerla. Lleva ahí más de cuatro años, desde el veintinueve de febrero de 2004, desde que Rebeca me la dio. Fue verla y todos los recuerdos vinieron de golpe. Durante aquellos primeros días después de nuestro encuentro en el Vips del Paseo de la Habana, la tuve muchas veces entre los dedos. Leí mil veces el nombre de los padres de Óscar y su dirección. En los meses posteriores, estuve a punto de marcar el teléfono en innumerables ocasiones, pero nunca lo hice. Después la guardé y me olvidé. O quise olvidarme.

Como esta vez. Volví a guardarla, junto a los dibujos de Víctor.

El resto de los papeles los metí en otra carpeta.

Por si acaso.

